

muchos bajo el peso de los compañeros que trataban de pasarles. Los lamentos de los heridos y los gritos de socorro de los que pugnaban por salir del canal, se mezclaban con los alaridos de alegría lanzados por los guerreros aztecas y con el choque de las armas de los que combatían tratando de abrirse paso por entre la multitud. Pedro de Alvarado y Juan Velazquez de Leon, desafiando el peligro, acudían á todas partes, haciendo frente á los escuadrones enemigos, mientras pasaban el canal sus compañeros.

Entretanto, la division de vanguardia y la del centro se habian detenido á la orilla de la segunda cortadura, que se hallaba enfrente á donde hoy se encuentra San Hipólito. Los escuadrones mejicanos habian cargado allí en número considerable y con ímpetu indecible. Los castellanos atacados por el frente, por los flancos y por la espalda, esperaban con ansia la llegada del puente portátil para pasar el ancho canal. En los momentos mas afflictivos recibieron la fatal noticia de que habia quedado caído en el primer foso. La fatal nueva llenó de consternacion al ejército entero. La retirada se veia cortada, no solamente por millares de escuadrones contrarios, sino por un ancho canal, en cuya orilla serian hechos prisioneros para ser conducidos al sacrificio. No le quedaba á cada uno mas recurso que buscar la salvacion en su propio esfuerzo, luchando contra el agua y los hombres, hasta abrirse paso ó morir. Aglomeradas las fuerzas en aquel punto, sin poder tomar á la izquierda ni á la derecha de la calzada, porque por ambos lados les cortaba el paso la laguna cubierta de canoas llenas de guerreros, apenas podian

moverse y sufrían mortíferas descargas de flechas y de piedras que causaban terribles estragos. Perdida con el peligro la subordinacion, y no obedeciendo cada cual sino al sentimiento de su propia conservacion, se dirigieron en tropel hácia la cortadura para pasarla á nado. Los escuadrones aztecas, al notar el desórden y confusion que reinaba, les acometían con sus lanzas y sus terribles macanas, causando considerables estragos; y cuando eran acometidos, se refugiaban á sus canoas, de donde disparaban una nube de flechas sin poder ser ofendidos. El número de batallones mejicanos aumentaba por momentos; y arrojándose como un torrente sobre sus contrarios, ya desorganizados, lograban en cada acometida arrastrar consigo á los que se hallaban próximos á las orillas del lago, conduciéndolos en sus canoas á la piedra de los sacrificios. Las desordenadas filas españolas, anhelando llegar al canal para cruzarlo, empujaban á los de adelante, atropellando á los heridos y derribando á los menos ligeros. Gonzalo de Sandoval, Francisco de Lugo, Diego de Ordaz y otros capitanes, se arrojaron al agua seguidos de sus soldados. Los primeros pasaron, unos nadando, otros montados, y no pocos soldados agarrados á la cola de los corceles. Pero mientras los que habian logrado salir á la orilla emprendian un sangriento combate con los escuadrones mejicanos que estaban en el opuesto lado, otros quedaron ahogados, acometidos por los guerreros que cruzaban el canal en sus ligeras canoas.

A medida que se arrojaban al canal para pasarlo, se aumentaba la confusion y la mortandad. Los que se juzgaban libres al llegar á la orilla y se afianzaban en ella para su-

bir, sentían descargar el terrible golpe del *maquahuil* que les cortaba las manos, obligándoles á caer sobre el lago, mutilados y desangrándose. Pero esto no detenía á los demás que anhelaban salvarse y que cruzaban nadando el ensangrentado canal, logrando unos salir de él, y aumentando otros el número de las víctimas que flotaban en sus enrojecidas aguas. No quedaba otro medio, sin embargo, que elegir, y cada instante que transcurría se hacía más difícil la salvación. Los escuadrones mejicanos acometían cada vez con más furia á la desorganizada infantería, hiriendo á unos soldados y matando á otros.

Pronto se aumentó la confusión con la gente que se había salvado en el primer puente y que llegaba perseguida y acosada por sus contrarios, dejando abandonados á los heridos, que eran llevados á las canoas para conducirlos al altar del sanguinario Huitzilopochtli. Aterrados de espanto los fugitivos y atropellando á los que estaban delante, se precipitaron al foso, que pronto se llenó de cadáveres y de caballos muertos que impedían nadar á los que detrás marchaban, sobre los cuales clavaban sus lanzas y descargaban sus macanas los aztecas que combatían desde las canoas. La artillería, los bagajes, los pertrechos de guerra las indias de servicio, los nobles indios presos, los aliados tlaxcaltecas, los infantes, los jinetes, todo cayó en aquel ancho canal, sobrenadando los cuerpos de los ahogados, formando, por decirlo así, un pavimento flotante de cadáveres, que fué creciendo casi hasta llenar el foso, dejando ya un sólido paso á los que detrás marchaban (1).

(1) «Por manera que aquel paso y abertura de agua, presto se hinchó de caballos muertos y de los caballeros cuyos eran, que no podían nadar, y mata-

Aquella era una horrible carnicería. Una escena de sangre y de horror; de lamentos y de gritos de guerra; de invocaciones á Dios y de maldiciones á los hombres. Aquí se escuchaba el clamor de un moribundo cristiano, implorando el favor de la Virgen en su agonía; allí la voz de «socorro» de los que se ahogaban; más lejos el grito de «favor» de los prisioneros que llevaban en las canoas para sacrificarlos, y por donde quiera ayes, lamentos, súplicas al cielo y á los santos, mezclados con el ruido de las cortantes espadas de los que pasaban y que se lanzaban furiosos sobre los aztecas que se oponían á su paso (1). Entonces podían morir matando, y se batían como leones, porque de su esfuerzo dependía su vida. Notable se hizo en aquellos momentos una mujer española, esposa de uno de los soldados castellanos. Se llamaba María de Estrada, y desde que empezó la lucha en el primer puente, tomó la espada y la adarga de uno de los soldados que cayó muerto, y se lanzó al combate.

ban muchos dellos y de los indios tlaxcaltecas é indias naborias (de servicio), y fardaje y petacas y artillería; y de muchos que se ahogaban, ellos y los caballos; y de otros muchos soldados que allí en el agua mataban y metían en las canoas, que era muy grande lástima de lo ver.»—Bernal Díaz del Castillo. *Historia de la Conquista*, cap. CXXVIII.

«Por la gran priesa que daban de ambas partes de el camino, comenzaron á caer en aquel foso, y cayeron juntos, que de españoles, que de indios y de caballos, y de cargas, el foso se hinchó hasta arriba, cayendo los unos sobre los otros, y los otros sobre los otros, de manera que todos los del bagaje quedaron allí ahogados, y los de la retaguardia pasaron sobre los muertos.»—Sahagún. *Historia de la Nueva España*, MS.

(1) «Que decían: Ayudadme, que me ahogo; otros, socorro, que me matan; otros demandando ayuda á Nuestra Señora Santa María y á señor Santiago; otros demandaban ayuda para subir á la puente, y éstos eran ya que escapaban nadando, y asidos á muertos y á petacas para subir arriba.»—Bernal Díaz.

Nada habia que la arredrase. Dotada de un valor extraordinario, de robustez y de fuerza, se lanzaba en medio de los contrarios, sembrando la muerte con su tajante acero (1). Hernan Cortés, acudiendo á los sitios de mas peligro, detenia á los escuadrones aztecas, procurando que sus soldados pasasen la cortadura. La lucha que sostenia era desesperada. Cargaban sobre él los guerreros mejicanos con furia terrible. Algunos de los caballeros que á su lado combatian, cayeron á tierra cubiertos de mortales heridas, quedando sin vida su paje favorito Pedro de Salazar. Combatiendo sin cesar y alentando á su gente, logró vadear el canal, y abriendo paso por entre los escuadrones aztecas, siguió su marcha con la gente que pudo seguirle, entretanto que Juan Velazquez de Leon y Pedro de Alvarado quedaban combatiendo para favorecer el paso de los suyos.

El general español llegó al tercer foso, que presentaba mayor anchura que los anteriores, casi al mismo tiempo que Gonzalo de Sandoval, Francisco de Lugo, Cristóbal de Olid, Diego de Ordaz y otros capitanes. Los mejicanos, ocupados en combatir en el segundo foso y en procurar que nadie escapase de él, no tenian colocados escuadrones al otro lado de la tercera zanja. Hernan Cortés, aprovechando el descuido del enemigo, se arrojó al

(1) «Y asimismo se mostró muy valerosa en este aprieto y conflicto, Maria de Estrada, la cual, con una espada y una rodela en las manos, hizo hechos maravillosos, y se entraba por los enemigos, con tanto coraje y ánimo, como si fuera uno de los mas valientes hombres del mundo, olvidada de que era mujer.» (Torquemada, *Monarquía Indiana*). Habiendo enviudado despues de algun tiempo, «casó, esta señora, dice Torquemada, con Pedro Sanchez Farfan, y diéronla una encomienda en el pueblo de Tetela».

agua, nadando con una mano y llevando con la otra del diestro al caballo, siguiendo su ejemplo los demás caballeros. Los soldados que no sabian nadar, agarrados unos á las crines y á las colas de los corceles y no pocos á unas vigas que flotaban en el agua y que empujaban los que tenian la dicha de saber nadar, llegaron á salir á la tierra firme, en que podian combatir libremente.

Entretanto que una parte del destrozado ejército logró pasar la tercera cortadura y seguia la calzada para ver si aun habia otra que vencer, la otra continuaba envuelta por los batallones aztecas, aumentando por instantes el número de ahogados, de heridos y de prisioneros. La mayor parte de los jinetes habian perdido sus caballos. Pedro de Alvarado se hallaba á pié, armado de lanza, junto á la briosa yegua alazana que acababan de matarle, y se defendia desesperadamente de los que le rodeaban. Pronto se reunieron á él algunos soldados que lograron salir de la zanja, y arremetieron con indecible furia á sus contrarios, abriéndose poco á poco paso con sus cortantes espadas, aunque no sin recibir graves heridas y ver caer muertos algunos de sus compañeros. Allí no habia superioridad de armas. La artillería y los mosquetes se habian arrojado al agua para poder nadar y salir á la orilla. No quedaban mas que las espadas y las lanzas para contener el espantoso oleaje de los enemigos, cuyo inmenso número oprimia con su peso á los destrozados fugitivos. Los que lograban pasar el foso, se unian en grupos de veinte ó treinta y arremetian á cuchilladas á los escuadrones que trataban de cogerles prisioneros para sacrificarles á

sus dioses, dejando abandonado al que caía herido, y procurando romper el espeso muro de guerreros que siempre tenían á su frente.

Los que pasaban la funesta zanja no aguardaban á los que luchaban por salir de ella. Ninguno se detenía á esperar á los otros, porque si hubieran esperado, habrían perecido todos (1). En los momentos de naufragio, en que destrozado el buque se hunde en el abismo, el que ha logrado asirse de una tabla ó nada sobre las ondas, no se detiene á dar auxilio á los que deja detrás. Cada cual procura salvarse, no por egoísmo, sino porque sabe que el detenerse á dar auxilio no dará por resultado más que el aumento de víctimas. La situación del ejército de Cortés era aun mas terrible que la de los naufragos. La calzada se veía cuajada de escuadrones aztecas, y la defensa de la propia vida empezaba cuando el soldado lograba atravesar el canal y poner la planta en tierra. El sentimiento de la propia conservación había hecho suspender el efecto de todos los demás sentimientos. Nadie escuchaba la voz del afligido amigo que pedía favor; nadie tendía la mano al que miraba ahogarse ó procuraba subir del foso á la calzada; pasar adelante, rompiendo la muralla de gente que les cerraba el paso, era el solo afán de los que por su valor y esfuerzo lograban poner el pié en tierra; resistiendo la furia de sus contrarios y luchando de continuo, seguían su

(1) «Sin escopetas ni ballestas y de noche, ¿qué podíamos hacer sino lo que hacíamos? Que era que arremetíamos treinta y cuarenta soldados que nos juntábamos, y dar algunas cuchilladas á los que nos venían á echar mano, y andar y pasar adelante, hasta salir de las calzadas, porque si aguardáramos los unos á los otros, no saliéramos ninguno con la vida.»—Bernal Diaz. *Historia de la Conquista.*

retirada, dejando el horrible lugar en que había perecido la mayor parte del ejército.

El foso y toda la parte de la calzada que se hallaba próxima, se encontraban literalmente llenos de cadáveres. Era un horrible cementerio, ó mas bien una carnicería, por cuyo desigual suelo corría en arroyos la caliente sangre de los destrozados cuerpos humanos. Allí murieron, implorando el favor de Dios y de la Virgen, los que habían ofrecido mil veces la vida por plantear el signo de la redención en los países idólatras. Para honrar la memoria de los cristianos que perecieron en la horrible matanza verificada en aquel sitio, los españoles edificaron allí mismo, algunos años después, una capilla que llamaron de los *Mártires*, situada donde hoy se encuentra San Hipólito.

Mientras unos escuadrones mejicanos acometían á los restos de la retaguardia, procurando que nadie saliese con vida de la cortadura, otros acosaban á Pedro de Alvarado y á la gente que se le había reunido, descargando sobre ellos sus terribles macanas. Juan Velazquez de Leon, que por defender á sus soldados se había quedado al otro lado de la cortadura combatiendo solo, se vió acometido de repente por multitud de guerreros que saltaron de las canoas que ocupaban la laguna. Muchos de ellos iban armados de lanzas, que tenían por punta las templadas hojas toledanas que habían caído en su poder durante los días del sitio y en aquella noche. Velazquez de Leon, agobiado por el número, movía con dificultad de un lado á otro su caballo, que estaba herido en varias partes por las lanzas hechas con las espadas españolas. Conociendo que era preciso pasar la zanja antes de que el corcel se

desangrase mas, se dirigió hácia ella, acometiendo y derribando á los que le cortaban el paso. Al llegar al borde, el caballo que iba, mortalmente herido, cayó muerto á la zanja, llevando en su caída al jinete.

Velazquez de Leon, haciendo extraordinarios esfuerzos, logró salir de debajo del corcel, y asiéndose de los cadáveres, ponerse en pié sobre los muertos que estaban en el fondo, avanzando sobre aquel puente de carne humana hácia la orilla, armado de su espada y con el agua á la cintura. Dos canoas llenas de guerreros, colocadas á los costados de la cortadura, se lanzaron sobre él para hacerle prisionero. Velazquez de Leon empezó entonces á sostener, en medio del agua y de los cadáveres, una lucha desesperada.

En aquellos momentos avisaron á Hernan Cortés, que habia pasado ya, como he dicho, el tercer puente y se encontraba en la tierra firme reuniendo á los soldados dispersos, la horrible carnicería verificada en la segunda cortadura. Los que aun quedaban combatiendo, le enviaban á decir que si no eran auxiliados pereceria toda la retaguardia. El general escuchó con profunda pena aquella terrible nueva. Volver á los puentes destruidos, era temeridad, marchar á una muerte segura; dar la vida sin esperanza de salvar la ajena. Pero el caballero español de aquella época, cuyas ideas de generosidad y de hidalguía se sobreponian á las del interés particular, y que juzgaba como un deber de cumplido hidalgo volar en socorro del que le pedia su amparo, no podia dejar abandonados á sus acosados compañeros. Sin detenerse á meditar en el peligro, y atendiendo solo al sentimiento del honor, Hernan

Cortés dió vuelta á su caballo, y en union de los valientes capitanes Sandoval, Olid, Alonso de Ávila y Francisco de Morla, se dirigió al galope hácia el lugar del peligro. Repasaron á nado la tercera cortadura, llevando de la rienda los caballos, y montando en ellos al llegar á la orilla, se dirigieron al galope hácia la segunda zanja, teatro horrible de matanza y de desolacion. Su repentina aparicion en la calzada, atacando á la multitud que cerraba el paso á los que luchaban por retirarse, llenó de espanto á los escuadrones aztecas, obligándoles á refugiarse á las canoas, quedando libre el paso á los españoles que se habian visto detenidos en su retirada. Pero aquel terror duró un instante. Los guerreros aztecas, al ver el corto número de jinetes que les atacaba, salieron con mayor ímpetu de las canoas, acometiendo por ambos lados de la calzada con sus lanzas y macanas, mientras de las azoteas arrojaban una tempestad de flechas que diezmaba las mermadas filas de los castellanos. Los caballeros se vieron bien pronto agobiados por el número de sus contrarios, que descargaban furibundos golpes sobre los corceles, hiriendo á muchos de ellos. Era un sitio en que los caballos no podian correr ni revolverse á un lado y otro; y cuando algun jinete se lanzaba sobre los que le ofendian, se refugiaban á las canoas, recibiendo con las cortantes espadas toledanas que habian puesto á sus largas lanzas, al temerario que se acercaba á la orilla, matándole con ellas el caballo y sufriendo el caballero una lluvia de flechas y de piedras que caia de las azoteas (1).

(1) «Los de á caballo no podian pelear en las calzadas; porque yendo por la calzada, ya que arremetian á los escuadrones mejicanos, echábanseles al